

KAPSOLI, Wilfredo (comp.). *Historia e historiadores*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2001, 253 pp.

Los estudios historiográficos son una rareza en el medio peruano, donde la discusión sobre los aspectos teóricos del quehacer histórico ha estado siempre ausente. Por esta razón, la publicación de un libro como *Historia e historiadores*, compilado por Wilfredo Kapsoli, no puede resultar menos que bienvenida. En este se reúnen textos escritos por historiadores peruanos y extranjeros a propósito del seminario *Paradigmas de la historiografía peruana* organizado por la Universidad Ricardo Palma en octubre del año 2000. Cada uno de los autores incluidos aborda el tema de la reflexión historiográfica desde perspectivas diferentes, dando a la obra en su conjunto un carácter ecléctico.

Abren la compilación un par de artículos de tema similar, el primero escrito por Miguel Ángel Perfecto y el segundo por Carlos Barros. Ambos abordan la problemática de la crisis de la historia patente desde la caída del Muro de Berlín. Perfecto describe esta crisis como el efecto de la crítica de la idea de progreso planteada por el postmodernismo. Sin embargo, en su artículo se identifican las ideas del postmodernismo con los postulados de Fukuyama acerca del fin de la historia (p. 25). Como es evidente, ambas teorías se oponen entre sí, pues mientras la primera plantea el fin de los metarrelatos, la segunda augura el inminente triunfo de uno de ellos, la democracia occidental. Por su parte, Barros realiza un relato más completo de la evolución de la crisis de la historia. Incide en los sucesivos "retornos del sujeto" a la temática historiográfica, primero en los años setenta, a través de la historia de mentalidades, y luego en los ochenta, a través del renovado interés en biografías e historias narrativas. Estos fueron los signos del progresivo desplazamiento de los paradigmas de historia social introducidos por el marxismo y la escuela de los *Annales*. Como efecto de esto se fue produciendo una aguzada fragmentación temática, que en el artículo de Perfecto es llamada

el “desmigajamiento de la historia”, siguiendo al historiador francés François Dosse.

Ante esta perspectiva, ambos autores estiman la necesidad de un replanteamiento del quehacer histórico con vistas al siglo XXI. Perfecto señala para la historia el papel de conciencia crítica de la humanidad evitando el resurgimiento de nuevos mitos legitimadores, “falsos ídolos” que la aten. Barros indica como puntos necesarios en esta reformulación de la asimilación del fenómeno de la globalización y la revolución digital que la acompaña, un renovado compromiso del intelectual con la política y la reivindicación del carácter científico de la historia, punto sobre el cual también incide Perfecto. El concepto de lo relativo, apunta Barros, ha pasado a ser parte integrante de la definición de ciencia, por lo cual ya no se puede excluir de esta a la historia alegando su pretendida falta de objetividad.

Wilfredo Kapsoli es autor del siguiente artículo, en el cual se trata una amplia variedad de temas. Parte por referirse a la globalización y su relación con la historia, basándose en el libro de Anthony Giddens, *Un mundo desbocado*. A continuación, esboza un breve panorama de la historiografía peruana, tratando la labor de los principales historiadores nacionales, empezando por José de la Riva-Agüero, a quien considera un personaje fundacional. También dedica elogiosos párrafos a la obra de Jorge Basadre, Raúl Porras, Emilio Choy y Pablo Macera, pero al llegar a los años ochenta el texto se convierte en una rápida enumeración de autores. En contraste, dedica una desmesurada cantidad de páginas a describir el libro de Máx Hernández, *Memoria del bien perdido*, el cual parece ser lo único destacable de la historiografía contemporánea para Kapsoli. La tercera parte del artículo presenta los resultados de una interesante encuesta aplicada a estudiantes de Educación en la especialidad de Historia de diversas universidades nacionales. Sin embargo, las conclusiones del autor a partir de aquella resultan, en algunos casos, exageradas. Por ejemplo, al aparecer el materialismo histórico y el estructuralismo como las tendencias historiográficas más recordadas por los encuesta-

dos, el autor predice su próximo retorno. Sin embargo, no repara en la escasa diferencia entre los puntajes de estas corrientes (7.26 y 6.19%) y los de, por ejemplo, la Ilustración (6.16%), sobre la cual nadie diría que está en pos de resurgir.

Sigue un escrito del historiador arequipeño Eusebio Quiroz Paz-Soldán, quien se centra en las vicisitudes de su vida profesional, primero como estudiante de Historia y luego como investigador y docente en la Universidad Nacional de San Agustín, en Arequipa. Son descritas con mesura las grandes dificultades a las cuales se enfrenta la producción historiográfica en provincias, así como los múltiples trabajos que ha desarrollado a pesar de estas. De manera similar, el artículo de Margarita Giesecke incide sobre su experiencia personal, lo cual es un asunto de no poca trascendencia, pues reconociendo el carácter subjetivo de toda actividad científica, es de gran ayuda conocer las influencias y experiencias personales de un autor para entender su obra. En el caso de Giesecke, sus circunstancias: el ser descendiente de inmigrantes, su infancia en la sierra, su paso por Lima y Estados Unidos, etc., son determinantes en su actividad académica, definiendo su preocupación por el problema de la identidad nacional, temática central en sus escritos.

Por su parte, Cristina Flórez también parte por relatar su búsqueda académica personal, pero ello le sirve de base para una extensa crítica de la formación de los historiadores peruanos. Su vida ha sido signada por la decisión de convertirse en medievalista, tras la cual enfrentó múltiples dificultades, pues no encontró espacio para tales estudios en las universidades peruanas. Terminó su formación en Europa, donde encontró una realidad completamente diferente, con programas académicos amplios y grandes facilidades para el estudio y la investigación. De regreso al Perú, encontró renovadas dificultades al buscar un espacio en las universidades peruanas, lo cual atribuye a la falta de apertura tanto de parte de estas instituciones cuanto de los mismos historiadores. Estas difíciles experiencias le sirven de base para criticar el "provincialismo" de la historiografía peruana, incapaz de

darse cuenta de la importancia del estudio de la Edad Media para comprender la historia nacional. El reclamo de una formación profesional más amplia resulta acertado, pero pedir especializaciones en todas las áreas de la historia universal, como fines en sí mismos, parece desmedido, siquiera por la falta de fuentes primarias con las cuales trabajar.

El siguiente artículo corresponde a Waldemar Espinoza, quien empieza por relatar la historia de su vida como estudiante, docente e investigador en modo similar al artículo de Eusebio Quiroz, pero desprovisto de pretensiones de modestia. No duda en reclamar la eficacia de su labor de enseñanza, la cual construye en el alumno una adecuada conciencia nacional. Después pasa a relatar el desarrollo de la etnohistoria en el Perú, dentro de la cual inscribe su propia actividad. Señala cómo la historiografía tradicional basada en los cronistas se veía obstaculizada por las reinterpretaciones de los propios cronistas de la realidad andina. En contraste, la etnohistoria puso el énfasis en la documentación administrativa, menos subjetiva. Pero se le escapa cómo estas fuentes, si bien abren nuevas vetas de investigación, son igualmente afectadas por los sesgos y prejuicios de quienes participan en su elaboración directa o indirectamente. Para finalizar, Espinoza pasa a enumerar los aportes de los estudios etnohistóricos, elaborando un listado en el cual incluye afirmaciones cuestionables o ya descartadas, como la existencia de un ejército profesional en el Tahuantinsuyu o el origen costeño central del quechua.

A este texto le sigue una interesante entrevista a Jürgen Golte, realizada por Pedro Pazos. El entrevistado habla sobre las razones de su interés por el Perú prehispánico, sus influencias y sus publicaciones. Sus tesis sobre la rebelión de Túpac Amaru o la iconografía moche le dan pie para exponer sus opiniones sobre otros autores y los debates que con ellos se suscitaron. Respondiendo a una pregunta de Pazos da su opinión sobre el tema de la utopía andina sin guardarse críticas contra las ideas de Flores Galindo. Esta actitud resulta una rareza en un país donde las crí-

ticas abiertas entre historiadores son las menos, a pesar de su importancia para el intercambio de ideas.

Cierra el libro un texto de Teodoro Hampe que lleva como subtítulo *ensayo de egohistoria*. Pero esta frase es engañosa, pues la mayor parte del artículo está dedicada a un completo, pero inevitablemente apretado, recuento de la evolución de la historiografía peruana desde el siglo XIX. En cambio, la descripción de lo que llama su derrotero intelectual apenas toma tres párrafos, en los cuales se enumeran sus distintas publicaciones y actividades académicas. De esta manera termina un libro que en realidad promete más de lo que cumple, en parte por la amplia disgregación temática de los artículos entre sí. Habiendo sido fruto de un seminario hubiese sido de mayor interés el establecer un diálogo entre distintos historiadores sobre la situación y problemática de la historiografía nacional, cuál ha sido su desarrollo y hacia dónde apunta o debe apuntar. Aun así, esta compilación representa una importante iniciativa sobre un tema de necesario debate.

Víctor Torres Laca
Pontificia Universidad Católica del Perú